

Artículo: Discurso del Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, con motivo del funeral del ex profesor don Humberto Enríquez Frodden

Revista: N°184, año LVI (Jul-Dic, 1988)

Autor: Hernán Troncoso Larronde

REVISTA DE DERECHO
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN

ISSN 0303-9986 (versión impresa)
ISSN 0718-591X (versión en línea)

N° 184
AÑO LVI
JULIO - DICIEMBRE
1988



REVISTA DE DERECHO

**UNIVERSIDAD DE
CONCEPCIÓN**

**Facultad de
Ciencias Jurídicas
y Sociales**

DISCURSO DEL SR. DECANO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES, PROF. HERNAN TRONCOSO L., en el funeral del ex profesor don Humberto Enríquez Frodden

Estamos aquí para honrar la memoria de un Hombre.

Lo hacemos primordialmente desde la perspectiva serena y profunda de su vida como abogado y Profesor de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Concepción.

En ella quedó impresa su huella desde que, como reconocimiento a su capacidad, fue distinguido con el Premio que la Universidad otorga al mejor alumno de su promoción, hasta que, después de recorrer un largo camino en la docencia, apartado ya de los afanes cotidianos, recibió hace un par de años el título de Miembro Académico de nuestra Facultad.

En esa ocasión, sobreponiéndose al peso de los años, su figura venerable ocupó nuestra tribuna —que siempre le fue predilecta— para dirigirse a los jóvenes alumnos y para agradecer el homenaje que se le tributaba.

¡Lo miramos entonces y lo escuchamos con admiración y reconocimiento!

¡Ahí estaba la llama de su vida, con el mismo resplandor y calor de otrora! Ahí, en esa su improvisación en la que su imagen se transmutaba llenándose de eterna juventud, vibraban los acentos del amor a una idea y de la pasión por una acción: la idea de nuestra Universidad; la pasión por moldear en ella hombres virtuosos, prudentes y justos que dignificaran la abogacía y contribuyeran con ello a la paz, prosperidad y grandeza de Chile.

Las limitaciones inexorables que la edad acarrea no tuvieron en él la gravitación suficiente para adormecer siquiera la riqueza potente de su vida interior...

Al recibir, en esa oportunidad, su merecido homenaje, expresó públicamente, por última vez, su testimonio de amor por la Universidad y por lo que ella encierra como receptáculo de valores eternos. Y también dijo las razones por las que la amaba.

Durante más de medio siglo, don Humberto Enríquez vivió con fervor ese conjunto de esfuerzos, de esperanzas y de sueños que conforman la sustentación espiritual de nuestra Casa de Estudios Superiores. Pero, más que eso, con su impronta personal, le dio a ella una fisonomía especial: aquella que fluía naturalmente de todos sus actos, de todas sus palabras, de todos sus altos ejemplos.

Hombre riguroso, enérgico y valiente en sus decisiones; orgulloso y recto, no acomodaticio, puso sus condiciones naturales al servicio de la conducción recta y enérgica de los jóvenes que abrazaban la carrera de la abogacía.

No cabe dudas que muchos de quienes fueron sus alumnos o que estudiaron en la Facultad que él dirigía

como Decano, llevan en lo íntimo de su ser de Abogados, de profesores o de ciudadanos ese "algo" de nobleza y de grandeza que don Humberto quiso entregarles.

Si es así, el Maestro seguirá viviendo en ellos, como creo que vive en mí.

¡No muere el que transmite nobleza, virtudes y coraje!

Se renueva en el fruto de quienes tienen agradecida conciencia de su legado y están dispuestos a asumirlo y a honrarlo.

La semblanza que procuro reseñar sería mezquina e incompleta si no hiciera alusión a otra fuente del señero ejemplo que nos deparara el Hombre que hoy despedimos, me refiero a su amor por Chile.

En su presencia, en la oportunidad a que me he referido, hace dos años, señalamos lo que ahora repetiremos con el énfasis que adquieren las ideas que se han asentado en el contraste con las realidades presentes:

"Desde joven se sintió atraído hacia la cosa pública. Hacia esa vorágine que mezcla la real grandeza de los hombres con las manifestaciones de fuerzas negativas, como la ambición, el odio y el ansia de poder. Entró en ella sin otra meta que la de colaborar en la misión de hacer de Chile un país de hermanos en el progreso y en el sacrificio. En sucesivos períodos en que se desempeñó, primero como Diputado por esta zona, y después como Senador, dejó un testimonio de cómo debe entenderse el verdadero arte de la política, como una noble vocación de renunciamiento y de entrega a la Patria y sus ciudadanos. Jamás se escuchó en su boca una invectiva, una injuria, una amenaza. Jamás ocultó sus acciones para actuar en la sombra. Nunca propició ni apoyó posiciones demagógicas ni pretendió otra cosa que el bien común. Siempre discurrió por la digna senda por la que transitan los hombres de honor".

Por eso, señores, porque en la suma final de lo que fue la vida de don Humberto Enríquez hemos extraído lo que, en nuestro concepto, le caracterizó siempre: Amor hacia valores verdaderos y eternos y entrega decidida con noble ímpetu para defenderlos.

Hemos dicho al comienzo que estamos despidiendo a un Hombre...

A él... a su recuerdo y a su ejemplo, nuestro reconocimiento y todo el honor que supo conquistar.